Nicea dió un grito al verlos, y se arrojó sobre el cuerpo de su querida madre, que estrechó en sus brazos y oprimió fuertemente contra su corazon.

—¡No, no!... no me arrebateis al ser querido de mi alma—exclamó con el mayor dolor—Dejad, dejad que esté siempre á su lado..... que no me separe de él jamas!.....

—Nicea—dijo la anciana tratando de separarla del cadáver—conformaos con la voluntad de los dioses.

—¡Oh, no!.... no puedo conformarme con que me arrebaten al ser que me dió la vida!....

Pero los hombres que iban por el cuerpo se acercaron, manifestando que tenian que cumplir con su deber.

Nicea les miró con horror, y luego envió una mirada suplicatoria á la amiga benévola que parecia interesarse únicamente por su suerte.

Las súplicas de la excelente anciana, sus cariñosas palabras, y sus consejos alcanzaron lo que parecia imposible, que Nicea se apartase un instante del cadáver.

La bondadosa señora, á fin de evitar que la jóven notase la salida del cuerpo de su amante madre, estrechó su cabeza contra su pecho.

Los hombres entre tanto se apoderaron del cadáver.

Al salir, la puerta hizo un leve ruido.

Nicea, al escucharlo, se desprendió de la anciana, y miró hácia donde aquel se oyó.

Al ver que le arrebataban el tesoro que mas amaba, dió un grito espantoso, y quiso lanzarse hácia la puerta.

La mujer del obrero la detuvo, mientras la anciana se dirigió al umbral.

Al verse detenida, Nicea sintió oprimírsele horriblemente el pecho, y cayó al suelo sin sentido.

Salustio al ver salir el cadáver iba á entrar.

La anciana le detuvo diciendo:

—¡Ningun hombre penetra aquí!

La puerta se cerró en seguida.

Salustio quedó fuera, sin haber podido ver el rostro de la jóven.

¿Qué pasó despues?

CAPITULO VII.

EUTIMA.—UN SENTIMIENTO PURO DEL CORAZON.—UNA VISITA IMPORTUNA.—TEMOR Y DISIMULO.—UN PASEO.

Habian trascurrido algunos dias desde los acontecimientos que dejamos referidos.

Eutima se hallaba en su tocador, reclinada en un asiento de mullidos cojines, leyendo en un libro que tenia en sus torneadas manos.

Estaba triste y pensativa.

Enfrente, sobre una preciosa mesita de mármol blanco, descansaba un espejo de bruñida plata con marco de oro.

Aun no se habia descubierto la aplicacion del azogue al cristal, y por lo mismo, las damas carecian de esas brillantes lunas en que hoy pueden admirar sus encantos con sus mas ligeros detalles.

Sin embargo, los espejos de plata, de oro ó de acero, segun la posibilidad de las familias, que estaban admirablemente bruñidos, presentaban la figura de la persona con bastante claridad.

Eutima alzó los ojos que los tenia fijos en el libro, y los colocó maquinalmente en el reluciente espejo.

El limpio consejero de plata le hizo advertir, que en su faz estaba impreso el tinte de la melancolía.

—Sí, estoy triste—exclamó para sí, como si contestase á la advertencia del espejo.—Estoy triste, sin que pueda comprender la causa de mi tristeza; pero mi melancolía es dulce; y es tan grato el dolor que me hace experimentar, que tendria como la mayor de las desgracias el que abandonase mi corazon. En mi mente bullen mil risueñas y dulces ideas,

y no sé por qué viene á asociarse á todas ellas la imágen de Plinio. Hace pocos dias que se fué á Miseno, para volver dentro de breve tiempo, y ya me parece que hace un año que se ausentó. Ya se ve; ¡nos deleitaba tanto á mi padre y á mí su conversacion!....¡Qué dulce es el recuerdo de las personas que se aprecian!... ¿Se acordará él, en este instante, de mí?...

Y Eutima exhaló un suspiro.

Parecia que la memoria de Plinio evocaba para ella sentimientos de la mas grata satisfaccion.

Al menos evocaba recuerdos de dulces palabras y de sentidos conceptos que Plinio le habia dirijido durante los pocos dias que llevaba de visitarla.

Sí; el jóven Plinio, arrastrado, sin comprenderlo él mismo, por una fuerza magnética que le llevaba al lado de la hermosa, fuerza que él queria persuadirse que era dictada por el afan de hablar con Diómedes sobre el asunto que le habia confiado, le habia dirijido expresiones tan tiernas, que aunque realmente no eran una declaracion de amor, envolvian al menos conceptos expresivos que pudieran traducirse por un afecto que se le aproximaba mucho.

El amor vehemente y verdadero es como la esencia pura de las flores.

El sentimiento de aquella pasion se trasparenta, se adivina, se denuncia, en la mas ligera palabra, en la atencion mas leve, en la modulacion de la voz, en la dulzura del acento, por mas encerrada que esté en el corazon, como se deja percibir la esencia, por la leve fragancia que á traves del pomo en que está encerrada se evapora.

Eutima y Plinio se amaban sin saberlo ellos mismos.

El amor nace de una mirada.

Así como basta una leve chispa para producir un incendio si cae en un punto inflamable, así basta una mirada para incendiar en amor un corazon puro y sensible.

Desde la primera entrevista el corazon de ambos jóvenes se habia conmovido dulce y profundamente.

Plinio vió en Eutima el conjunto de todas las virtudes asociado al talento y la belleza.

Eutima contempló enlazados en Plinio, el saber, la discrecion y el recto juicio, á la juventud, la gallardía y la modestia.

Desde entonces Plinio y la hermosa hija de Diómedes, se habian visto todos los dias y tuvieron ocasion para poder ratificarse en el primer concepto favorable que se habian formado el uno del otro.

¡Qué es de extrañar que la ausencia que acababa de verificarse afectara el alma de la bella Eutima!

¡Era tan interesante la figura del jóven abogado, habia manifestado tal saber y delicadeza en sus conversaciones, que era imposible renunciar á su compañía sin sentirse triste!

Eutima volvió á fijar entonces sus ojos en la obra que tenia en sus manos; pero su vista, aunque clavada en los caracteres, no acertaba á distinguirlos.

Su mente, ocupada toda enteramente de Plinio, no permitia á las demas potencias el libre ejercicio de sus facultades.

El libró que acariciaba entre sus manos, era produccion de Plinio.

La obra del jóven abogado la cautivaba como un rayo luminoso desprendido de aquella inteligencia privilegiada; pero Plinio era el sol de donde aquel rayo y otros mil brotaban, y al ver al astro que los producia, quedó deslumbrada por su foco.

—¡Qué dichosa será la mujer que logre interesar el alma de este jóven!...—pensó para sí

la linda hija de Diómedes.—El saber y el talento son los títulos que elevan al hombre sobre los demas, la auréola inmarcesible que no empaña ni la envidia ni el tiempo. Sí, qué dichosa será la mujer que interese su alma y que alcance su amor!....

Y Eutima quedó triste y pensativa, con la vista fija sobre la obra que acariciaban sus blancos dedos.

¿Se sentia acaso halagada por la idea de que ella seria aquella mujer dichosa?...

¿Para qué ocultarlo? Sí; Eutima sentia bañado su corazon por el dulce bálsamo de una esperanza de eterna ventura.

Amaba á Plinio con toda la fuerza y sinceridad con que ama la mujer cuando de veras ama, y se lisonjeaba de que las palabras y las atenciones que Plinio le habia consagrado, envolvian el tierno sentimiento de que ella sentia henchida su alma.

Entregada se hallaba á estas seductoras ilusiones, cuando se abrió la puerta de su tocador.

Eutima dirijió la vista hácia aquel punto, y sintió suceder á sus bellos recuerdos un sentimiento de disgusto.

La puerta dió entrada á un hombre.

Aquel hombre era su primo Marcio.

—Buenos dias, hermosa Eutima—dijo Marcio acercándose á su prima.—Tú siempre leyendo.

—Es el entretenimiento que encuentro mas inocente y agradable.

—¿Y qué obra lees?—preguntó Marcio al mismo tiempo que tomaba el libro y lo hojeaba.—¡Ba!.... las odas de Plinio! —añadió con desprecio, devolviendo el volúmen á Eutima.—Me fastidian las producciones de ese fátuo.....

—No creo que seas justo al calificarle así—dijo Eutima como herida de la injusta apreciacion de su primo,—cuando está manifestando su capacidad, su actividad y su saber en el asunto que le ha confiado mi padre.

—Estoy seguro de que lo que presenta como suyo, es obra de algun otro abogado amigo suyo. Pero tu padre y tú os habeis formado tan elevado concepto de su capacidad, que le concedeis lo que no tiene, talento y ciencia.

—Mi padre y yo nos hemos formado de su capacidad el concepto que se ha formado todo el mundo.

—¡Vaya, prima! segun el calor con que le defiendes cualquiera creeria que le amas.

—Y cualquiera al escuchar que le acusas con tan marcada injusticia, creeria que le envidias y le aborreces.

—¡Envidiarle!..... ¡aborrecerle!..... ¿Y por qué? Jamas he ido á rondar en Miseno la ventana de su amada, ni puedo estar envidioso de que sea amado de ella, cuando yo no aspiro á otro amor que al tuyo.

Las palabras de Marcio helaron el corazon de Eutima.

—¡Cómo!.....—exclamó sorprendida y obedeciendo á un impulso de pasion que no fué dueña de contener.—¿Ama á alguna mujer?

Habia dejado escapar aquella noticia de los amores de Plinio, no porque la juzgase cierta, sino por ver el efecto que producia, y destruir, si posible era, el afecto que su prima pudiera sentir por el jóven que él aborrecia.

Hombre de experiencia, comprendia que bastaba arrojar leves partículas de azufre en la blanca ceniza que vela el fuego, para hacerlo brotar si realmente existe bajo de ella.

Marcio arrojó la noticia, y fijó los ojos en el semblante de su prima para ver si asomaba á él la ardiente llama del amor.

La inesperada nueva se comunicó por el oido al alma, y esta dejó asomar al rostro de la jóven la flama de la pasion que ocultaba.

El velo del misterio estaba descorrido.

La niebla de la duda se disipó para Marcio ante la abrasadora luz de la amarga realidad.

La misma Eutima comprendió entonces lo que hasta aquel instante no habia comprendido del todo: que amaba realmente á Plinio.

La exacta calificacion que debe darse á un efecto que se empieza á sentir, no puede valorizarse hasta no haber experimentado toda la sublimidad de su fuerza.

Nadie conoce el sentimiento puro, profundo, inmenso del amor paternal, hasta que tiene la tremenda desdicha de ver arrebatado por la muerte al hijo querido de sus entrañas.

Nadie el cariño dulcísimo y santo del amor filial, hasta no perder al sér mas tierno de la tierra; al sér que imprimió sobre nuestra infantil frente el primer ósculo consolador de ternura; al sér lleno de abnegacion que nos alimentó con su sangre, que veló nuestra niñez, que nos hizo escuchar los santos preceptos de la religion; á una madre, en fin, fuente de todo consuelo, de constante benevolencia y de inagotable caridad.

Nadie el amor á la patria, hasta que no se ve ausente de ella.

Eutima comprendió la denominacion que debia dar al afecto que hasta entonces no acertaba á calificar, al sentir la opresion aguda que traspasó su pecho con la alarmante nueva pronunciada por su primo.

Las doradas ilusiones que habian entretenido su mente, se desvanecieron como esos brillantes globos de jabon con que los niños gozan, y que se desvanecen con el aire cuando mas halagaban su vista.

La bella hija de Diómedes quedó triste, como queda el que acaricia una esperanza y toca un desengaño.

Pero noble y digna aquella jóven, comprendió que debia ocultar á los ojos de su primo el sentimiento que la oprimia.

Conoció que habia andado poco prudente en dirijirle la pregunta que podia externar su afecto; y tratando de enmendar su falta, dijo demostrando la mas alta indiferencia:

—Mucho placer me causa escucharte que no aborreces á Plinio, siquiera sea por el aprecio que todos le consagramos aquí, y por el buen éxito que el negocio encomendado á él va teniendo.

Pero este disimulo con que Eutima quiso enmendar el interes de su primera pregunta, no pudo ocultarse á la malicia y penetracion de Marcio.

Al contrario, aquel disimulo sirvió para patentizarle lo que él ya sospechaba; esto es, el secreto amor de Eutima á Plinio.

La llegada de Diómedes que entró por su hija para dar un paseo en carruaje al pié del Vesubio, por los ricos viñedos que le pertenecian, puso fin al diálogo.

Poco despues, el rico propietario y su hija marchaban con direccion al campo, seguidos de Marcio que les acompañaba á caballo.

CAPITULO VIII.

UN FILÁNTROPO.—AMOR FILIAL.—UN ENCUENTRO.—UNA ESTRATAGEMA.

Al empezar el primer capítulo de esta historia, vimos llegar á las puertas de Pompeya un carro viejo y maltratado que se detuvo en una posada y taberna, á la cual entraron á desayunar algunos hombres que en él iban.

Entre aquellos hombres dimos á conocer á un gladiador llamada Lidon, que, compadecido de la triste situacion de la jóven Nicea y de su pobre madre, les habia obsequiado en viándoles con que desayunarse.

—Veo, Lidon, que tienes una alma compasiva—dijo con acento sincero y afectuoso, en cuanto se alejaron las dos desdichadas viajeras, el que al principio se habia manifestado zumbon.

—¿Quién puede ver sin conmoverse, sufrir á un padre ó á una madre, y presenciar indiferente el cariño afectuoso de un buen hijo que le consuela y cuida en sus padecimientos y miseria? Separado desde muy niño del lado de mi padre que, aunque pobre, me amaba entrañablemente, he llegado á la edad del hombre sin volverle á ver, y sin poder manifestarle el amor qué siempre le he consagrado. Impulsado por este amor, vengo á Pompeya, donde sé que existe pobre y anciano, para trabajar sin descanso, y ver si alcanzo ser el apoyo de su vejez.

—¿Y por qué habeis estado tantos años lejos de él?

—Porque la suerte lo habia dispuesto así, aunque no lo anhelaba la voluntad.

—¿Quiere decir que no os conoceis el uno al otro?